

## MORTIFICACIÓN

Sí, hermanas, la mortificación es otro aspecto importante que completa nuestra vida monástica de buscadoras de Dios, y que culmina en el encuentro deseado con el Dios y Esposo redentor que nos ha elegido para vivir su espíritu mesiánico de paz, de orden, de mansedumbre, de armonía. En una palabra, su espíritu de paraíso.

Y ya me diréis, hermanas, cuánto necesitamos cambiar de criterios y actitudes para vivir el espíritu mesiánico del Esposo. Necesitamos hacer caso a san Pablo cuando nos dice: “No os adaptéis a este mundo, al contrario, reformaos por la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom. 12, 2). Sí, necesitamos depurar nuestra mente y nuestra voluntad del mal que nos inoculó el pecado original, necesitamos sanarlas para que dé esos frutos agradables de perfección, que son los que produce el espíritu mesiánico de nuestro Redentor.

Por ello, la mortificación de la que tratamos ahora es una reafirmación y profunda toma de conciencia de la necesidad de ascesis para poder adentrarnos en el espíritu mesiánico y redentor del Esposo, entender el misterio y la necesidad de la Cruz con su mente, y renovar así la nuestra, a fin de que quede sanado nuestro amor, y entremos adecuadamente en el espíritu mesiánico del Esposo, nuevo Adán, y el de nuestra Madre Inmaculada, nueva Eva.

Porque, hermanas queridas, la fuerza de nuestra vida es el amor. Si no está ordenado hacia Dios, repetimos una vez más, no podemos evitar el mal. Esto está muy claro, porque, apartados de Dios, nuestro amor se convierte en egoísmo más o menos camuflado, y si éste es el árbitro de nuestro comportamiento, ¿dónde queda la santidad?, ¿dónde el bien?, ¿dónde el amor fraterno? Imperará en nuestro interior el desorden, y en nuestra actuación la prepotencia, la violencia, la falta de espíritu cristiano, y de sensibilidad hacia las carencias humanas. Nuestra afectividad estará, por lo mismo, descontrolada y las propias pasiones campearán por sus fueros siempre en beneficio de la propia sensualidad, claro está, que eso es el egoísmo.

Ésta es la consecuencia de una mente desordenada, ajena al espíritu evangélico, que arrastra nuestra voluntad hacia el egoísmo haciéndolo crecer con tanto desorden. Ésta es la consecuencia que nos aleja de Dios, de la práctica del amor, de su gracia, de su vida y amistad, de su espíritu mesiánico.

¿Cómo ordenar tanto desorden? Claro está que ordenando la mente, a la que debemos hacerla pensar con la de Cristo, pues que, según se dice, el hombre actúa como piensa. Y si pensamos como Cristo, ayudaremos a sanar y ordenar nuestro amor, sometiendo el malaventurado egoísmo. Por experiencia sabemos cuán necesario es tenerlo dominado, ordenado, si queremos vivir con amor.

Y, ¿qué tiene que ver esto con la penitencia o mortificación? Sí, hermanas, tiene que ver y mucho, porque mal podremos someter el egoísmo sin un dominio total del cuerpo, primero, pues así como la vivencia del amor estriba en la voluntad y ésta debe estar ordenada para que actúe, así la vivencia y fuerza del egoísmo estriba en la carne, en nuestra sensualidad.

Si llevamos una vida cómoda dándonos gustos constantes, avivando nuestra carne por la inmortificación de sentidos, vista, oído, gusto, tacto, y esto ya es egoísmo, mal vamos a poder someter u ordenar las propias pasiones hacia la ley del espíritu si lo tenemos desordenado, hecho un caos, frío.

Vuelvo a repetir, actuamos como pensamos. Si pensamos que la mortificación es inútil, nuestro egoísmo vivirá a sus anchas y quedaremos arruinadas, sin poder controlarnos para llevar profunda vida de oración y, por lo mismo, sin vida interior, ya que crecerán las fuerzas de la carne. Pero si pensamos que la mortificación es necesaria para el sometimiento u ordenamiento del propio ser, de la propia voluntad, ésta nos arrastrará hacia la ley del espíritu haciendo crecer nuestra vida en Dios.

Os voy a poner un caso cierto, no por señalar a nadie, sino para que entremos en el ejercicio de las fuerzas cristianas que ordenan nuestro comportamiento por convencimiento.

Escuchemos: pensad en una persona consagrada que pregunta a otra: ¿por qué me cuesta privarme de un alimento que me gusta mucho? Respuesta: porque no quiere Dios que te prives de él, por eso te cuesta, porque no tienes su gracia para hacerlo. Conclusión: en adelante esta religiosa pedirá siempre los platos que más le gustan para alabar a Dios por las cosas tan buenas que ha hecho.

Aquí tenemos la consecuencia. Por estar desordenada la mente según el espíritu cristiano, aquí tenemos a la voluntad arrastrando a las satisfacciones de la carne. ¿Quién gana? La vida sensual o de sentidos satisfaciendo la gula, que oscurece el espíritu. Lo enflaquece. Y, en cambio, engorda el propio egoísmo a la sombra de la alabanza a Dios. Es bueno que, cuando nos pongan algo que nos guste o que veamos algo que es para alabar al Señor, lo tomemos, y alabemos al Señor, pero no por sistema. Esto es un engaño, una trampa.

Y pregunto: ¿estaría ordenada nuestra mente según el espíritu cristiano con este comportamiento si nos dejamos arrastrar por él? Porque si hemos de dejar de hacer todo lo que nos cuesta del Evangelio, porque si nos cuesta es porque no lo quiere Dios, y consecuentemente, su gracia no nos asiste, ¿qué diremos del amor a los enemigos que nos pide Cristo, de ofrecer la mejilla a quien te hiera en la otra, de perdonar setenta veces siete a quien te quite la honra o te moleste otras tantas veces, de andar dos millas a quien te obligue a andar con él una, de prestar sin esperar la devolución? ¿Dejaremos de hacerlo porque nos cuesta, que equivale a decir, según este criterio, que no lo quiere Dios porque su gracia no nos asiste, precisamente por eso, porque nos cuesta? Y, ¿qué hacemos entonces con todo el capítulo 7 de san Mateo, que nos manda entrar por la puerta estrecha en los versículos 13 – 14, “porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición y son muchos los que entran por ella; y es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y son pocos los que la encuentran porque de los esforzados es el Reino de los cielos”? ¿Qué hacemos con todo esto? ¿Damos la espalda al Señor porque nos cuesta? Si nos iba a costar porque su gracia no nos asiste, repito, según este criterio anterior, ¿por qué nos dijo el Señor: “el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí la salvará”, y, ¿de qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su propia vida”? ¿Por qué nos dijo esto el Señor si no quería que lo hiciésemos, pues que nos cuesta? Y, ¿por qué nos dice san Pablo también que: “no reine, pues, en vuestro cuerpo mortal, el pecado, de modo que obedezcáis a sus *apetencias...*, sino, más bien, ofreceos vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida”? (Rom. 6, 12 – 14).

Vemos, hermanas, cuán desordenada está esta mente de los valores cristianos. ¡Qué pena! Como cuando trocamos el amor cristiano por el de “camaradería”, que tanto abunda hoy, y del que está ausente el espíritu cristiano de caridad, espíritu que no tiene en cuenta el mal, que todo lo excusa, que no busca el propio interés, que no se engríe, ni se irrita... (1 Cor. 13, 4 – 7).

Así, el Señor nos dijo: “guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestido de oveja y por dentro son lobos rapaces, por sus frutos los conoceréis” (Mt. 7, 15 – 16). ¿Qué fruto podremos dar, hermanas, engordando las propias apetencias si sabemos que, a medida que éstas crecen, el espíritu se encoge? ¿Satisfaciendo nuestros gustos y apetencias crecerá nuestra vida interior, nuestra vinculación a Dios, nuestro verdadero y sacrificado amor a la hermana, si todo esto supone esfuerzo, vencimiento, renuncia? ¿Qué fruto daremos? Ciertamente, nos perderemos en nuestra propia carnalidad, en nuestro propio desorden, en nuestro propio egoísmo.

Así es, hermanas. Categóricamente así es. Nos perderemos en nuestra propia sensualidad si no hay mortificación. Porque para vivir el espíritu del Evangelio, para ser enteramente de Dios, para pertenecer a sus seguidores esforzados, tenemos que dejar de pertenecer al reino de las pasiones y apetencias desordenadas, no mortificadas. Tenemos que retornar a la vida como nos

dice san Pablo, haciendo una regeneración de nuestra mente a fondo para transformar nuestros criterios de mundo por los cristianos, para ser poseídas por la verdad, no por las fuerzas del pecado y el engaño. Para ser poseídas por el amor, que nos llama a una atención amorosa, interna, pacífica, de las fuerzas del bien, no de nuestro egoísmo.

Hermanas, es necesaria la mortificación de la propia sensualidad, de las voces de nuestro propio egoísmo, para escuchar la voz poderosa del Amado que acabamos de escuchar en el Evangelio. Silencio en las propias pasiones para que esa voz divina nos absorba y nos vaya transformando en la sublimidad de su realidad divina. Escuchemos su voz, no la del mundo, para regenerar nuestra mente. Escuchémosla sin escandalizarnos, sin parecernos que es exagerado seguirla. Acordémonos de que Jesús llamó dichosos a los que no se escandalizan de él (Lc. 7, 23). Ésta es nuestra vocación de buscadoras de Dios que deseamos realizar con firmeza cueste lo que cueste. ¡Bastante es desoída esta voz del Señor en el mundo, hoy! Oigámosla y sigámosla nosotras.

Para ello vamos a tratar brevemente de los frutos que nuestra mortificación aporta a las transformación de nuestro ser en el espíritu mesiánico de Cristo, que es nuestra fundamental búsqueda de Dios como concepcionistas.

### **1.º Vigoriza nuestra fe en Cristo.**

Oigámosle: "Esta generación es perversa; pide un signo, y no se le dará otro que el signo de Jonás... Los hombres de Nínive se levantarán el día del juicio con esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia por la predicación de Jonás, ¡Y aquí hay algo que es más que Jonás!" (Lc. 11, 29-32).

¿Veis? Aquí Jesús habla de penitencia. La generación de Jesús no le creyó; él comenzó a predicar llamando a la conversión, y ellos, en lugar de dar frutos dignos de penitencia, frutos de conversión, le pidieron signos y prodigios para creer. Y Jesús les dice que no es ése el camino, que el camino es la penitencia; el camino es poner todo el ser: alma, cuerpo, espíritu y voluntad en el empeño para alcanzar la transformación evangélica.

Sabemos que la Palabra de Dios realiza lo que expresa, él quiere la salvación de todos. Escuchemos su Palabra: "arrepentíos y creed en el Evangelio". Oír esta palabra con fe es haber llegado ya a nuestro corazón la salvación. Pero como el Señor sabe que nuestro corazón está atenazado por la fuerza del mal, nos pide el arrepentimiento, que se confirma por la penitencia.

Por eso, cuando escuchemos la Palabra de Dios deseando creer en él, aunque estemos frías y no le sintamos, no nos desalentemos. Hagamos alguna renuncia a algún gusto o apetencia, u otra penitencia, y sentiremos su gracia salvadora en nuestra alma. Es que nos hemos dispuesto. Porque desde el momento que a nuestra oración unamos nuestra penitencia, habremos abierto el corazón a Dios. Dios nos dará más su gracia al ver nuestra sinceridad y nos tocará el corazón. Y comenzaremos a creer, porque la luz de Dios se ha podido abrir paso en nuestro corazón penitente.

Entonces digámosle: "¡Oh Dios que todo Tú eres salvación y amor, recíbeme!". Hagámoslo con constancia, y no tardaremos en experimentar la fuerza de nuestro amor redimido, y comprobaremos que la luz de nuestra alma es ya nuestro Dios. Comprobaremos cómo las sendas de nuestro espíritu se iluminan, se enderezan hacia la fe práctica del Evangelio.

Porque, hermanas, un corazón penitente, un amor purificado, arrebatara el de Dios. Así tenemos que comenzar nuestra conversión, con lágrimas, con oración, con penitencia. La penitencia nos salva, es el mejor medio de escuchar la voz de Dios y de creer en él.

Un corazón penitente pedía también san Juan Bautista a los que acudían a él: "Convertíos... - les decía -, dad frutos de penitencia, no os ilusionéis con decir en vuestro interior:

Tenemos por padre a Abrahán,... Ya está el hacha puesta en la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego" (Mt. 3, 2-10).

Y san Juan remite a la ascesis evangélica a los que le preguntaban qué tenían que hacer. Él contestaba: "el que tenga dos túnicas que reparta con el que no tiene, renúnciese". Vemos, pues, que la fe es una apertura a la penitencia o que la penitencia nos abre a una fe eficaz, a mejorar el amor, cosa que no se logra sin ascesis.

## **2.º Hace crecer nuestro amor.**

La penitencia hace crecer nuestro amor, ciertamente, lo vamos a ver en pocas palabras.

Desde nuestra conciencia de desorden y desde nuestra experiencia de pecado, desde nuestra tendencia a la comodidad, ¿verdad que para estar pasando frío, por amor a Dios, hay que poner más esfuerzo que para vivir confortablemente? ¿Verdad que para descansar en un lecho duro hay que poner mayor esfuerzo que para descansar en un buen colchón? ¿Verdad que para sujetarse a una austeridad monástica comprometida hay que poner más esfuerzo, por no decir amor, que para abrazar una austeridad relativa? ¿Verdad que para mantener los sentidos mortificados hay que poner mayor esfuerzo, mayor amor, que para satisfacerlos? ¿Verdad que el amor penitente consigue más alto fervor que la comodidad? ¿Verdad que un amor penitente es más puro en su obrar, más auténtico en sus convencimientos, en su intención y en sus deseos que el que no es penitente? Porque la verdadera penitencia tiende a purificar, y puesta a ello purifica deseos, amor, intenciones, le acerca a la verdad.

Creo que es el primer fruto que recoge el amor penitente: vincularse más con la verdad, con lo auténtico, con lo verdadero. Porque cuesta. Yo creo que un corazón penitente es alumbrado más por el espíritu de la verdad, que, precisamente por ser verdad, nos acerca más a Dios, nos hace más sinceras cara a Dios, que un corazón mediocre que arriesga poco.

Un amor penitente tiene siempre presente sus pecados, y por eso siempre se siente en deuda con Dios, saludablemente, se siente pecadora, sí, y sin fuerzas para creerse mejor que las demás. Un amor penitente, auténtico, nos hace servidoras de los demás, nos hace crecer de verdad en el amor.

## **3.º La penitencia, óptima ayuda para pacificar pasiones y ordenar el comportamiento.**

Porque nos dice la Biblia: "los impulsos del corazón del hombre tienden al mal desde su adolescencia" (Gen. 8, 21). Sí, hermanas. Necesitamos ordenarnos. Necesitamos regenerarnos porque somos pecadoras. Para ello, Cristo nos ofrece su Evangelio. Pero es preciso vivirlo, asumirlo. Si no, ahí está. De nada nos sirve si no lo practicamos. Y para practicarlo nos hace falta la penitencia. El espíritu y la práctica de la penitencia, como Cristo nos dice, para que se efectúe la conversión que nos lleve a la regeneración.

Es de sabios hacerlo, nos dice el libro de los Proverbios, atendiendo las exhortaciones del Señor: "Porque yo he llamado y vosotros habéis rechazado, he tendido mi mano y nadie hizo caso, porque habéis despreciado todos mis consejos". Así es, hermanas, así es. Lo vuelvo a repetir. Son millones los que hoy no oyen la voz del Señor, sino la del mundo, millones los que oyen la voz de los halagos, la de las satisfacciones carnales. Por ello continúa el libro de los Proverbios: "comerán el fruto de sus errores y se hartarán de sus propios consejos, porque el descuido de los necios les lleva a la ruina, pero quien me escucha vive en paz" (Prov. 1, 23 - 33). Sí, hermanas, quien escucha al Señor y pone en práctica sus consejos, conseguirá la pacificación interna.

Por eso nosotras queremos oír la voz del Señor, que para eso estamos en el Monasterio. Para decirle que sí. Y por ello nos vinculamos al espíritu de penitencia que nos impulsa a poner

los ojos en la vida de Jesús y escuchar su doctrina y ejemplos como enviado del Padre que es. Y que nos dice: "Si no hicieris penitencia todos pereceréis" (Lc. 13, 3) y con sus obras nos lo confirma.

Metámonos por un momento en la persona de Jesús, en su experiencia del desierto. Recordemos cómo el Espíritu le empujó al desierto a hacer oración y penitencia. Sigámosle en esta práctica de ayuno y oración, y veremos cómo la penitencia transforma nuestro ser. Y así "seremos bautizadas con Espíritu Santo y fuego" (Mt. 3, 11).

Dejémonos arrastrar por él, por el Espíritu, como Jesús, y comprobaremos cómo el Espíritu, para pacificarnos, nos impulsa a la penitencia. Y es porque el ayuno, la disciplina monástica, la austeridad en vestidos, alimentos, y en el lecho, practicados con deseo espiritual de conversión, fortalecen el espíritu interior y nuestra voluntad en el proceso de la propia transformación. La fortalecen, porque la penitencia supone una intención firme y decidida hacia la santidad, pues que conlleva sacrificio, esfuerzo, aguante, cosas que rechaza el cuerpo naturalmente. Por ello, el fruto que se recoge es fervor en el alma, alegría y paz en el espíritu, como de quien anda por las vías del Señor, acercamiento a Dios, y, por lo mismo, pacificación de pasiones y ordenamiento de la propia conducta

¿Que la penitencia no es para estos tiempos?, ¿es que se equivocó la Palabra de Dios?, ¿es que no entendemos que tiene más vigencia que nunca, pues que es el medio para entrar en el valor sustancial del espíritu redentor de Cristo, único capaz de transformarnos y transformar la sociedad actual?, ¿creemos que, si no fuese éste el espíritu de Jesús, él habría alabado a san Juan Bautista en su forma de ascesis tan impresionante, como lo hace en Mateo 11, 2-12? Ahí le vemos vestido con pelo de cabra, viviendo en el desierto, alimentándose sólo con miel y langostas. Y añade: "... desde... Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia"; él fue el mensajero del espíritu redentor de Cristo, como fue su Precursor. Es el prototipo de ascesis para efectuar radicalmente nuestra pacificación de pasiones, la asimilación del espíritu evangélico. Igual que en Cristo, pero por diversos cauces, en san Juan se aúnan el ayuno, la oración, la austeridad del desierto, el celo por el Reino de Dios, que le devoró el desorden en sí mismo y le transformó en fuerza de conversión para los demás.

Y sucede así con los santos. En su conversión, al principio, como se encuentran, por un lado, con la gracia fuerte de Dios, que les llama a la transformación, y, por otro, sienten la bravura de su cuerpo y pasiones aún no sometidas al espíritu, ¿qué hacen? Todos nos lo han testificado, todos. Nuestra Madre, que tuvo una vida inocente, lo mismo. El ansia de corresponder a la moción del Espíritu, es decir, el mismo Espíritu les mueve a someter la bravura de sus pasiones y tendencias desordenadas al crisol de la mortificación para ordenarlas. Y de aquí nace la práctica de la penitencia.

¿No sería éste el fruto del Espíritu que nos inculcó seguir Jesús cuando nos dijo, repito: "Desde los tiempos de Juan el Bautista, hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan" (Mt. 11, 12). ¿Y no nos dijo él que ayunaríamos cuandouviésemos que vivirle por la fe? (Lc. 5, 33 – 35)

Hermanas, seamos inteligentes. Sólo los que se hacen violencia arrebatan el reino de Dios, o se dejan arrebatar por el mismo Espíritu Santo que arrebató a Jesús y a Juan Bautista llevándolos al desierto.. Escuchemos y sigamos la voz del Señor; si no, seremos arrastradas por nuestras pasiones hacia la ruina.

#### **4.º Fidelidad a la gracia.**

Mortificación nos pide también el Esposo redentor para purificar nuestras infidelidades. Sí, hermanas, la mortificación nos ayuda a mantener la tensión del espíritu para no caer en la mediocridad y hacer estériles las gracias recibidas. Escuchemos cómo nos lo dice Jesús: "¡Ay de

ti, Corozáin! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque, si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que en sacos y sentadas en ceniza hubieran hecho penitencia. Mas será más llevadero el juicio para Tiro y Sidón que para vosotras" (Lc. 10, 13 - 14).

Preguntémonos. ¿Sabemos si estamos dando la eficacia que Dios espera de las gracias recibidas de su mano? ¿Sabemos si otras almas quizá con menos gracias habrían dado más fruto que nosotras? Pues, para resarcir, está la penitencia. Porque el impulso de amor que su ejercicio encierra puede resarcir y, de hecho, purifica nuestra falta de amor de otros momentos de debilidad. Es delicadeza de amor querer llegar mediante la penitencia y la mortificación a donde el Esposo quería que hubiésemos llegado en otras ocasiones que hemos sido más flojas.

Como es la penitencia acto libre de amor, es grata a los ojos de Dios y de mérito para nosotras, además, de que posee la gracia de purificarnos y de mantener vivo ese espíritu que mira siempre a Dios, a mantenernos en la fidelidad. Desde luego que, cuando al Señor le pedimos perdón con un corazón penitente, se lo cree. Desde luego.

### **5.º Lleva a su fin la redención.**

“Suplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo” (Col. 1, 24), decía san Pablo, y lo recogen nuestros Estatutos, en beneficio del Cuerpo de la Iglesia. La razón del sufrimiento en nosotras pecadoras es para la transformación de sentimientos propios, y así colaborar en la aplicación de la redención de Cristo en toda la Iglesia.

Es tan importante la propia perfección del ser humano para Dios, que juzgó necesaria la redención con sufrimientos. Nos lo dice la carta a los Hebreos: “Convenía, en efecto, que aquel por quien y para quien todo fue hecho, queriendo llevar a la gloria un gran número de hijos, hiciese perfecto, mediante los sufrimientos, al jefe que debía guiarlos a su salud” (Heb. 2, 10). Y así, el Padre nos presentó a su Hijo como modelo.

Cristo no necesitó transformar sentimientos para ser redentor nuestro. Nosotros, sí. Nosotros, necesitamos transformar sentimientos, transformar el egoísmo en amor, para que penetre la redención, primero en nosotras y después en el cuerpo de la Iglesia, en los hermanos. Ayuda eficaz para ello, es el espíritu de renuncia, de inmolación y el espíritu de penitencia que conlleva la identificación con Cristo traspasado de dolor y de amor por los hombres.

Sí, hermanas, la mortificación es un programa de vida interior, de oración y de mística irremplazable, ya sea mediante la mortificación o la enfermedad que mantiene el espíritu de penitencia sublimado, cuando se vive unidas al espíritu del Redentor. Porque la penitencia nos adentra en el conocimiento de Cristo experimentalmente, de Cristo quebrantado y humillado, y, si lo asumimos con espíritu de amor redentor, estamos entrando en el conocimiento de las entrañas redentoras de Cristo; estamos experimentando cómo él se fue haciendo redentor de los hombres, con tanto esfuerzo y amor, con tanto sufrimiento.

Cuando inmolamos nuestra carne con el sufrido esfuerzo de la mortificación, estamos entrando en su ser dolorido, en su cuerpo flagelado, cargado con la cruz.

Estamos experimentando su ser esforzado y traspasado de amor y dolor por los hombres, como digo.

Hermanas, ésta es nuestra alta vocación que nos lleva a la búsqueda de Dios, verdadera vocación mística de experiencia del sufrimiento de Cristo y del encuentro del Cristo total. En él encontramos el sufrimiento de los hermanos, y su salvación.

Hermanas, cuando nuestra inmolación ha logrado transformar nuestro egoísmo en amor redentor, podemos decir que estamos viviendo nuestra alta vocación de buscadoras de Dios y de encuentro con él. Estamos viviendo el programa de san Pablo: “sólo quiero saber a Cristo y éste crucificado” (1 Cor. 2, 2). Y el programa de nuestra Madre santa Beatriz, la cual a imitación de su divino Maestro crucificado inmoló su cuerpo en una vida santa y austerísima, dándose mucho a la

oración, ayunos y penitencias, nos dicen sus biógrafos, para compadecer con Cristo por sus hermanos “supliendo en su carne lo que falta a la pasión de Cristo” (Col. 1, 24).

Ya hemos visto que los frutos de nuestra oblación no son la confianza sólo en nuestro Salvador y en los santos, esperando que todo lo hagan ellos en nosotras. No, el fruto que el Esposo redentor quiere de nuestra mortificación monástica es, como hemos visto, la conversión decidida de todo nuestro ser hacia la identificación con la Palabra divina, que dijo: “convertíos, arrepentíos y creed en el Evangelio” (Mc. 1, 15), la identificación con Cristo crucificado.

Por ello, la mortificación o inmolación debe arrancar de un profundo deseo de transformación, ha de hacerse respondiendo a una necesidad interior de purificación del alma y dominio del cuerpo, tendencias y sentidos, que nace en nuestro espíritu a medida que vamos adentrándonos en los caminos del Señor.

Hay una etapa en la vida espiritual, en la que se hace imprescindible la mortificación, es la etapa que los maestros del espíritu llaman “purgativa”, cuando por gracia de Dios tenemos luz especial de nuestro desorden; entonces nace el impulso de purificación o transformación de nuestro ser. Secundar este impulso mortificando nuestros sentidos, ¡qué importante es! Someter nuestra carne es básico para la pacificación del corazón y para efectuar el encuentro deseado con el Amado, pues que él no puede entrar donde hay desorden.

Interiorizar nuestra vida, dedicarnos a más silencio, oración, mortificación y caridad, es la respuesta al deseo de más unión con el Amado, deseo que lo pone él en nuestra alma para hacernos vivir su presencia por la fe, que luego se iluminará al desembocar en un comportamiento más puro, más evangélico, más espiritual, más santo, más parecido al Esposo.

Miremos bien que, si no consigue este fruto nuestra mortificación, debemos revisarla, porque quizá no sea auténtica, no sea vivida con el espíritu que debe vivirse.

Vuelvo a repetir que nuestra oblación ha de llevarnos a la paz que recogen nuestros Estatutos. Mortificamos nuestra carne para transmitir mansedumbre, paciencia, profunda vida interior, obediencia, amor.

Nuestra vida tiene que evocar los “odres nuevos” que dice Cristo, nuestro Esposo. Nuestra vida en el comportamiento tiene que ser superior al del Antiguo Testamento, nuestra vida tiene que saber a Dios, porque tiene su origen de antiguo y eterno, del Padre y de Cristo redentor. Y la tendrá si participamos de la Kénosis de nuestro Esposo redentor.

Sí, hermanas, porque hemos de ser como dicen nuestros Estatutos y como fue Cristo (Jn. 12, 24), como granos de trigo que se siembran en el surco de la vida claustral y mueren para que otros vivan la santidad de su origen. Morimos en tantas renunciaciones como supone vivir la vocación concepcionista con fidelidad amorosa y constante.

Así, así hemos de ser para ser concepcionistas, así, imitando a María como tan perfectamente la imitó nuestra fundadora santa Beatriz.